

proféticas y le designa muchos de los espíritus que formaban la cruz de Marte; en seguida sube Dante con su bella compañera al planeta Júpiter, al sexto cielo. Ve las almas de los santos formar una grande águila: son los que, en la Tierra, han administrado bien la justicia. Aquí se encuentra la sátira de la avaricia y de las simonías de su tiempo: Bonifacio VIII es acusado de lanzar prohibiciones para hacérselas rescatar. En el águila celestial, reconocen muchas de las almas de los justos que habitan en Júpiter: en la pupila, al cantor del Espíritu Santo, que trasportó el arca de ciudad en ciudad (David); en las cejas, al que consoló á la viuda de la pérdida de su hijo (Trajano) y al que retardó la muerte por una verdadera penitencia (Ezequías). En Saturno residen los que vivieron una vida contemplativa; el poeta observa allí una escala simbólica por donde subían y bajaban tantos resplandores, que todas las luces que brillan en el Firmamento parecían allí reunidas. (A propósito de estos símbolos, nos hemos preguntado algunas veces si Swedenborg, que mas adelante se presentará en nuestra escena, no habia evocado el espíritu de Dante en el número de su preceptores.)

Al paso que el divino cantor y su guía se elevaban hácia la esfera de las estrellas fijas, el primero volvió á mirar al traves de las siete esferas, y al ver á nuestro globo, se sonrió de su vil aspecto. « Vi á la hija de Latona, dice, inflamada bajo esta sombra que fué causa de que yo la hubiese creído enrarecida y densa; aquí sostuve el aspecto de tu hijo, oh Hyperion, y vi cómo se mueven á su alrededor Maia y Dione. De allí se me apareció Júpiter, templando á su padre y á su hijo; y desde allí distinguí claramente sus cambios de lugar. Y todos los siete planetas me mostraron entónces cuál es su magnitud, su rapidez y su distancia respectiva. »

El viajero habia entrado en la esfera de las fijas por la constelacion de Géminis; su Dama se mantenía erguida y atenta, — á la manera que el ave entre las hojas amadas, posada cerca del nido de sus queridos pequenuelos, espía el tiempo bajo el follaje entreabierto, y con vehementes deseos, espera el Sol. — Siguiendo su

mirada, el poeta ve en lo alto al Cristo brillante como el Sol por encima de los bienaventurados: al lado, la Virgen y los apóstoles; la auréola inefable de la mas pura de las luces celestiales los rodeaba. Beatriz, despues de haber pedido al colegio apostólico que fuese favorable al poeta, ruega á San Pedro que le examine sobre su fe; el poeta responde á los apóstoles sobre las tres virtudes teologales; en seguida Adán toma la palabra para contar el tiempo de sus felicidades y de sus desgracias... Los Santos se elevan y desaparecen. El mismo Dante sube con Beatriz á la novena esfera, llamada el *Primer móvil*.

Habla desde allí; escuchémosle. (¿ por qué habia de ser el ilustre Florentino el poeta de un sistema erróneo?)

« La naturaleza del Mundo, que forma el centro y hace mover todo el resto alrededor, comienza aquí como en su límite.

» Y este cielo no tiene otro espacio que el Espíritu divino, en el cual se enciende el amor que le hace girar, y la virtud que le hace llover.

« La luz y el amor le rodean con un círculo, así como este á los demas; y este recinto solo lo comprende el que lo forma.

» Su movimiento no es determinado por ningun otro; pero el de los astros se mide por este, como diez sobre su mitad y sobre su quinta parte.

» Y al presente puedes comprender cómo el tiempo tiene sus raíces en ésta vasija, y su follaje en las demas. »

El poeta anuncia que le ha sido dado ver la Esencia divina, punto radiante con la luz mas viva, alrededor del cual giran nueve círculos. Los nueve círculos de este Mundo (*supra-mundano* segun la expresion de los escolásticos) correspondian á las nueve esferas del Mundo sensible. Mas arriba todavía, el poeta está en el Empíreo; Beatriz se reviste allí de una belleza maravillosa; descúbrense la una y la otra milicia del Paraíso, de los Santos y de los ángeles. « Del mayor de los cuerpos celestes, dice Beatriz, hemos subido al cielo, que es una

luz pura ; luz intelectual llena de amor, amor del verdadero bien lleno de alegría, alegría que supera á toda dulzura. »

Esta apoteosis del Paraíso cristiano, en que el Apocalipsis del apóstol Juan ha dejado evidentes huellas, á las cuales se hallan mezcladas de una manera extraña inspiraciones del cantor de Mántua, guía no desaparecido del sombrío Florentino en las regiones del Infierno; esta angélica y luminosa apoteosis nos deja en la cumbre de la esplendente jerarquía, con la vista anonadada en la incomprensible Trinidad, meciéndose sobre la inmensidad del Mundo. Aquí se detiene el vuelo del poeta, pero parece que una postrer impresion cruza por sus deslumbrados ojos : es la aparición de la humanidad en Dios.... La epopeya dantesca es en efecto la divinización del pensamiento humano — ó la humanización del pensamiento divino. Así debe ser considerada la creencia de la Edad média que, no sospechando ni la grandeza real de Dios ni la insignificancia relativa de la sociedad humana, querria encerrar en el mismo cuadro dos términos entre los cuales no puede establecerse comparación ninguna. ¡Quién se atreviera á venir en aquella época á hablar de otra sociedad humana, extraña á la de Adán, y sin embargo, hija de Dios como la nuestra y digna como ella de la benevolencia del Padre celestial! Pero la idea del Mundo está reducida á una circunferencia de unos cuantos centenares de leguas ; el espacio como el tiempo es una cantidad aún desconocida ; viene Colón, que esparcirá la luz sobre el globo terrestre ; viene Kepler, trayendo la llave de los espacios celestes, y el hombre, sacudiendo el entorpecimiento de un largo sueño, se lanzará con rápido vuelo hácia los horizontes nuevos de la ciencia.

Pero ántes de Kepler, el primer año del siglo décimoquinto se abre dando la luz á un sabio ilustre, cuyo nombre brilló sobre las cabezas pensadoras durante unos dos siglos, pero se debilitó hácia el año 1600 para extinguirse al momento. Coloquemos de nuevo sobre su pedestal una estatua que la niebla de los tiempos pasados cubria ya hácia mucho, y la ocultaba injustamente á

nuestras miradas. Hablamos del *cardenal de Cusa*. No es su título de teólogo el que nos lo recomienda, pero tampoco este título nos haria olvidar un solo instante el deber del historiador.

NICOLAS DE CUSA. — *De la docta Ignorantia* (1440-1456).

Veamos aquí á uno de los príncipes de la Iglesia que tremola abiertamente el estandarte de la Pluralidad de Mundos, y esto en el siglo décimoquinto. Aun no hemos podido explicarnos cómo pudo este hombre ilustre, sin ser molestado, emitir pareceres tan atrevidos, mientras que ciento cincuenta años mas tarde Giordano Bruno fué declarado herético y quemado vivo por opiniones análogas, y Galileo condenado á retractarse ignominiosamente de las mismas aserciones. Acaso las opiniones del sabio cardenal no fueron publicadas sino despues de su muerte.

Nicolás Krebs (esta palabra significa *cangrejo*, pero Krebs no era de esos que andan hácia atras), nacido en Cuss, á orillas del Mosela, y llamado *Cusanus*, de donde se derivó Cusa, puede con justo título ser considerado como el talento mas eminente no solo de su siglo y de los anteriores, sino tambien del siglo décimosexto. En física, en astronomía, en filosofía natural, es cien codos mas alto que sus contemporáneos. Enseña el movimiento de la Tierra cien años ántes que Copérnico; el tratado de este sobre las revoluciones de las esferas celestes apareció en efecto, como es sabido, en 1543, y Nicolás de Cusa escribía sobre el movimiento de la Tierra en 1444, como lo demuestra un pasaje cuyo texto escrito de mano del cardenal ha encontrado el doctor Clemens en el hospital de Cuss. Nacido en 1401, y muerto en 1464, Nicolás Krebs habia dejado esta vida nueve años ántes del nacimiento de aquel cuyo nombre

debía quedar unido á la resurreccion del verdadero sistema del Mundo.

Cusa ha adelantado el progreso de las ciencias no solo bajo el punto de vista de nuestra doctrina de la habitabilidad de los Mundos, no solo en lo concerniente á los verdaderos principios de la astronomía, sino tambien sobre algunas cuestiones especiales que parecian ser mas misteriosas. Sucede á veces, dice A. de Humboldt, que presentimientos felices ó juegos de la imaginacion, contienen mucho tiempo ántes de toda observacion real, el gérmen de opiniones verdaderas. Llena está la antigüedad griega de semejantes sueños que mas tarde se han realizado. De la misma manera, en el siglo décimoquinto, encontramos expresada ya claramente en los escritos del cardenal de Cusa la conjetura de que el cuerpo del Sol es en sí mismo un núcleo terroso rodeado de una cubierta ligera formada por una esfera luminosa que en el centro, es decir, verosímilmente entre el globo oscuro y la atmósfera resplandeciente, se encuentra un aire trasparente, mezclado, húmedo y semejante á nuestra atmósfera. Añadia que la propiedad de irradiar la luz que viste la Tierra de vegetales, no pertenece al núcleo terroso del Sol, sino á la esfera luminosa que lo envuelve. Para él era habitable y estaba habitado; en las estrellas sucedía lo mismo; los planetas eran Mundos semejantes al nuestro. Veamos aquí los datos mas importantes de su célebre tratado sobre la *Docta ignorantia* (1).

Nos es manifiesto que la Tierra se mueve, aunque este fenómeno no sea inmediato para nuestros sentidos, porque no podemos juzgar del movimiento sino por la comparacion con lo que está fijo; así como el que boga dentro de un bajel que corre con calma á lo largo de un río, no puede reconocer su movimiento sino por el de la orilla. Así es que el movimiento del Sol y de

(1) D. Nicolai de Cusa, cardinalis, utriusque juris doctoris, in omnique philosophia incomparabilis viri opera, etc. Cum priv. caes. majest. Basileæ, 1536, in-fol.

las demas estrellas es el único que nos da testimonio del nuestro.

La pequeñez de la Tierra no indica por esto que sea un cuerpo vil é ínfimo, porque la Tierra no es una parte alcuota del infinito: el universo no conoce ni grande, ni pequeño, ni centro, ni bordes, ni partes definidas, sino solamente relativos. Que la Tierra sea oscura, no es tampoco una razon para declararla despreciable; porque, si es oscura para nosotros, es porque estamos cerca de ella, de lejos nos parecería brillante. Lo mismo sucede con la Luna, que sus habitantes deben encontrar muy oscura. Y acaso sobre el Sol mismo no se conozca la claridad con que brilla para nosotros. La Tierra es una estrella, tiene los mismos agentes, los mismos caracteres y la misma influencia que todas las demas.

Tampoco debe decirse que la Tierra es el mas pequeño de los astros. Los eclipses nos manifiestan que es mayor que la Luna; sabemos tambien que es mayor que Mercurio.

Tampoco sabemos si la Tierra es la region mejor ó peor para la habitacion de los hombres, de los animales y de los vegetales. Dios es el centro y la circunferencia de todas las regiones estelarias; toda nobleza y toda grandeza proceden de él, esas regiones lejanas no están vacías, la raza intelectual de la cual una tribu ocupa la Tierra, las habita; pero, ¿qué nombre se puede dar á esos habitantes, y cómo definirlos? Los habitantes de las demas estrellas no pueden comparárenos en ningun punto. « *Improportionabiles sunt,* » dice explicitamente el texto. Puesto que las regiones del universo nos están ocultas, es preciso resolvernos á ignorar la naturaleza de sus habitantes; en nuestra Tierra vemos que los animales de una especie particular destinados á una region especial difieren en todo de los demas. Cuanto podriamos presumir sobre los dos cuerpos celestes que mejor conocemos, el Sol y la Luna, es que los del Sol deben ser superiores.

Hay grande apariencia que los habitantes del Sol participan mucho de su naturaleza: que son brillantes,

iluminados, intelectuales y mucho mas espirituales que los que están en la Luna, los cuales se acercan á la naturaleza de este planeta, y que los de la Tierra, que son todavía mas groseros y mas materiales; de suerte que estas naturalezas intelectuales que están en el Sol son ménos en poder que en acto; las que están en la Tierra, ménos en acto que en poder, y las que están en la Luna, intermedias entre las dos; las influencias ígneas del Sol y las acuosas y aéreas de la Luna, y la pesantez material de la Tierra, nos hacen creer esto. Lo mismo puede decirse del resto de las estrellas, que tienen sin duda tambien habitantes como las demas: « *suspicientes nullam inhabitatoribus carere,* » siendo cada uno un mundo particular en el universo, cuyo número no es conocido mas que á Aquel que ha creado todas las cosas segun el número y la medida.

La corrupcion que notamos por experiencia en las cosas terrestres no es un argumento valedero de la vileza de este Mundo. En efecto, no podemos creer, puesto que el mundo es universal y que las influencias estelarias obran simultáneamente de un Mundo á otro, que alguna cosa sea, propiamente hablando, incorruptible, pero sabemos que no hay sino trasformaciones; cambios de estado, obrados bajo otras influencias. Segun la palabra de Virgilio, la muerte no es nada, sino la revolucion de un sér compuesto, en un nuevo sér compuesto. ¿Quién puede decir ahora si esta revolucion es especial á los habitantes de la Tierra? Algunos escritores han emitido la opinion de que hay tantas especies de cosas en la Tierra como hay estrellas en el cielo. Las influencias estelarias han debido producir sobre los demas Mundos efectos análogos á los que ellas producen sobre el nuestro; hay cambio perpetuo entre las diversas partes del universo, ya en el reino del espíritu, ya en el de la materia.

En los escritos del cardenal de Cusa, se encuentra una reunion prodigiosa de cosas esencialmente diferentes, por no decir opuestas. Teología, astronomía, astrología, ciencias ocultas y alquimia; todo esto se halla á veces reunido en una sola frase, larga, lenta, salpi-

cada de incidentes interminables (1). A veces, de un párrafo á otro se pasa de una oscuridad profunda á ideas magnificas y luminosas; pero sobre nuestra cuestion en particular, no tergiversa. No solo la afirma sino que la presenta todavía bajo su verdadero aspecto científico. Tiene cuidado de decir que haríamos mal en tomarlos por tipo y de referirlo todo á nuestro metro (*μέτρον*), y tal vez para alejar las consecuencias teológicas que resultan de la admision de esta verdad, se apresura á añadir que esta consideracion del universo no debe modificar nuestras ideas sobre el valor de la Tierra.

« De que la Tierra sea mas pequeña que el Sol, dice,

(1) Para dar una idea de esta singularidad notable, ofrecemos á los lingüistas y á los que guardan lo defectuoso para la Edad média, una muestra curiosa del estilo del cardenal. Véase aquí una frase del cap. xii de su tratado *De docta ignorantia*, una sola frase.

Si igitur Terra omnium stellarum influentiam, ita ad singulares species contrahit, quare similiter non sit in regionibus aliarum stellarum, influentias aliarum recipientium, et quis scire poterit, an omnes influentiæ contractæ prius in compositione, in dissolutione redeant, ut animal nunc existens individuum alicujus speciei, in regione terræ contractum ex omni stellarum influentia resolvatur, an ad principia redeat forma tantum ad propriam stellam redeunte, a qua illa species actuale esse in terra matre recipit, vel an forma tantum redeat ad exemplar, sive animam mundi, ut dicunt Platonici, an ad materiæ possibilitatem, remanente spiritu unionis in motu stellarum, qui spiritus nunc cessat unire, se retrahens ob organorum indispositionem, vel alias, ut ex diversitate motus separationem inducat, tunc quasi ad astra rediens, forma supra astrorum influentiam ascendente et materia illa descendente; aut an formæ cujuslibet regionis in altiori quadam forma, puta intellectuali quiescant, et per illam, illum finem attingant, qui est finis mundi, et quomodo hic finis attingitur per inferiores formas in Deo per illam, et quomodo illa ad circumferentiam quæ Deus est ascendat, corpore descendente versus centrum, ubi etiam Deus est, ut omnium motus sit ad Deum, in quo aliquando sicut centrum et circumferentia sunt unum in Deo, corpus etiam, quamvis visum sit quasi ad centrum descendere, et anima ad circumferentiam, iterum in Deo unientur, cessante non omni motu, sed eo qui ad generationem est, tanquam partes illæ mundi essentielles necessario redeant: tunc successiva generatione cessante, sine quibus mundus esse non possit: redeunte enim spiritu unionis et connectente possibilitatem ad suam formam, hæc quidem nemo hominum ex se, nisi singularius a Deo habuerit, scire poterit. (Es una sola frase de este gran in-folio compacto de 1,200 páginas.)

y de que sufra su influencia, no se debe deducir que sea mas vil, porque la region terrestre entera, que se extiende hasta la esfera del fuego, es grande en realidad. Y aunque la Tierra sea mas pequeña que el Sol, como es notorio por la sombra de los eclipses, sin embargo no sabemos cuánto mas grande ó mas pequeña sea la region solar que la region terrestre; podemos decir solamente que no le es igual, porque ningun astro podria ser igual á otro. La Tierra no debe ser tampoco clasificada en el número de las estrellas pequeñas, porque es mayor que la Luna, como nos lo enseña la observacion de los eclipses; es tambien superior á Mercurio y quizá tambien á otros Mundos. No hay que sacar de su estado un argumento de imperfeccion. La influencia que recibe un astro ó su régimen no es tampoco una causa lógica de imperfeccion; porque como estamos en el centro de las influencias que se refieren á este Mundo, y no podemos establecer comparacion entre su estado y el de otro, nuestra experiencia carece de valor. »

Por mas teólogo que sea, el cardenal de Cusa conserva la amplitud de su juicio y cree en lo infinito del espacio. El mundo no puede tener circunferencia, dice, puesto que mas allá de este circuito habria todavía alguna cosa; y no puede haber centro, puesto que el centro es el punto igualmente distante de las diversas partes de la circunferencia. El universo no tiene, pues, ni centro, ni circunferencia. La Tierra no está mas en el centro del universo que la octava esfera: no hay mas que un absoluto, un absoluto infinito que es Dios; su espíritu es el que mueve y hace vivir; su estado es el que constituye la infinidad del espacio.

Precursor de los grandes descubrimientos de la astronomía moderna y de la filosofía astronómica que debía fundarse sobre ella, el sabio cardenal marcha en las primeras filas de nuestro panteon científico. Tuvo la mayor influencia sobre las ideas de los escritores del siglo diez y seis relativamente á la Pluralidad de Mundos; y en cierto modo fué la autoridad dominante de cuantos estuvieron por la afirmativa. Esta autoridad se

verá frecuentemente invocada por los astrónomos ó los filósofos que escriban sobre la misma materia.

Anúnciase la aurora de Copérnico, y bien pronto al crepúsculo sucederá el dia. Acaso convendria pasar inmediatamente al año que vió aparecer el libro *De revolutionibus orbium caelestium*; pero hay aquí dos rostros burlescos que aparecen á nuestra puerta y que no nos atravemos á despedir. No son de nuestra compañía habitual, sobre todo el segundo; pero tienen autoridad en el orden histórico que hemos resuelto seguir, y pretenden merecer un lugar, siquiera sea extraño, en nuestro panteon. Ariosto (1) y Rabelais (2) se siguen de cerca en la primera mitad del siglo diez y seis: el primero ha hecho un viaje á la Luna, en el canto XXXIV^o del *Orlando furioso*; el segundo ha hecho otros viajes imaginarios, en los libros IV y V de *Pantagruel*. No seria justo olvidarlos; accedamos, pues, á su demanda.

Por orden de antigüedad aparece primero el poeta de Reggio.

Uno de los héroes principales de *Orlando*, Astolfo, montado sobre el hippógrifo, ha visitado á Senapes, en Nubia, monarca centenario, conocido de algunos bajo el nombre de *Preste Juan*, célebre en los mitos de la Edad média; ha puesto en fuga las Arpias al sonido de su trompa sonora, y se ha detenido al pié de la montaña gigantesca en donde el Nilo toma su origen. Es el extremo oriente. Al pié de esta montaña hay una abertura por la cual han entrado las Arpias á los infiernos, y que sirvió tambien de entrada á Ariosto para la visita clásica del poeta á los campos infernales. Encima de la montaña se halla el paraíso terrenal. Astolfo ha visitado las maravillas de este jardin seductor, cuyas frutas son tan deliciosas, que no es extraña la caída de nuestros primeros padres. La montaña es tan alta que este paraíso terrenal se halla verdaderamente en el cielo, y

(1) Nació en 1474, murió en 1533.

(2) Nació en 1483, murió en 1553.

que, para subir hasta la Luna, no es largo el camino. Y por eso el apóstol Juan á quien ha encontrado allí, en compañía de Enoch y de Elías, le propone que vaya hasta aquel paraje; encontrarán además, en la Luna, un medio de volver al paladín Orlando su razón extrañada.

« Apenas el Sol, sumergiéndose en el seno de los mares, hubo dejado aparecer á la Luna, cuando el santo hizo preparar un carro destinado desde mucho tiempo á los que debían subir á los cielos; sirvió para arrebatar á Elías sobre las montañas de la Judea; y va tirado por cuatro corceles to los resplandecientes de fuego. Siéntase el santo cerca de Astolfo, coge las riendas y se lanza hácia el cielo. Bien pronto se halla el carro en medio de la región del fuego eterno; pero la presencia del santo amortigua su ardor. Después de haber atravesado estas llanuras ardientes, llegan al vasto reino de la Luna, cuya superficie es brillante como el acero mas puro. Este planeta, comprendiendo los vapores que le rodean, parece igual en magnitud al globo de la Tierra. El paladín reconoce con sorpresa que este globo, visto de cerca, es inmenso, mientras que nos parece muy pequeño cuando lo examinamos desde aquí abajo. Apenas puede distinguir la Tierra sumergida en las tinieblas y privada de claridad; allí descubre rios, campiñas, lagos, valles, montañas, ciudades y palacios muy diferentes de los nuestros. Las casas le parecen de un tamaño enorme; ve extensos bosques en donde las ninfas persiguen cada día á los animales salvajes. Astolfo, que se propone otra cosa, no se entretiene á considerar estos objetos diversos, se deja conducir á un valle rodeado por dos colinas. Allí están recogidas todas las cosas que perdemos por culpa nuestra, por las injurias del tiempo, ó por efecto del acaso; no se trata de los imperios y de los tesoros que dispensa la caprichosa fortuna, sino de lo que ella no puede dar ni quitar. Quiero decir de las reputaciones que el tiempo como un gusano roedor, mina lentamente y acaba por destruir. Allí se ven todos los votos y todas las plegarias que los desdichados pecadores dirigen al Cielo. Allí se encuentran también las lágrimas y los

suspiros de los amantes, el tiempo perdido en el juego ó en la ociosidad, los vanos proyectos que quedan sin ejecución, los frívolos deseos, cuyo número inmenso llena casi el valle. En fin, allí arriba se encuentra todo lo que se ha perdido sobre la Tierra. »

Tales son las riquezas principales de este valle lunar. Hay allí una montaña con el título de « Sensatez; » pero para impedir que se evapore esta sustancia tan sutil, se la recoge en redomas de tamaños diversos, marcadas con rótulos particulares. Astolfo reconoce, no sin sorpresa, que multitud de gentes que, según él, eran muy sabias, han dejado marchar á la Luna la mayor parte de su sensatez... Reconoce la suya, se apodera de ella con permiso del autor del misterioso Apocalipsis y se apresura á respirar el contenido. Cogió en seguida la de Orlando que estaba toda llena, y la llevó á la Tierra. Pero antes de alejarse del globo resplandeciente, el evangelista le hizo visitar otras maravillas todavía. A la orilla de un rio estaban hilando las tres Parcas. Sobre cada copo un rótulo indica el nombre del mortal cuya vida está prendida á este hilo. Mas hay allí un anciano, muy ágil para su edad, que coge los rótulos á medida que está hilada la seda, y los va arrojando al rio. Muy pronto se pierden en el légamo; de mil quizá no suba uno á flote; dos cisnes esplendorosos están allí que van tomando en su pico los nombres que sobrenadan. Nublados de cuervos, de mochuelos, de buitres, de cornejas y otras aves de rapiña se extienden por el rio y se esfuerzan en no dejar aparecer ningun nombre. Sin embargo, se ven á los cisnes adelantarse nadando hácia una colina; una ninfa bella baja á su encuentro y retira de sus picos los nombres que han salvado del naufragio: los lleva al templo de la Inmortalidad, que corona la colina, y los suspende en derredor de una columna sagrada en donde permanecen eternamente expuestos á las miradas.

Así es como el indisciplinado favorito del cardenal Hipólito de Este hizo su viaje á la Luna. El que viene después y de quién hablábamos hace poco, el festivo cura de Meudon, no ha ido tan léjos; pero, como Luciano,

CAROLINA ALFONSO

partió un día en busca de pueblos desconocidos. Hay en estas imaginaciones algo que puede no ser estéril. Si la fisiología comparada es una de las bases fundamentales de la doctrina de la Pluralidad de las razas vivientes en los cielos, en cuanto que ella da la clave de la diversidad natural de los seres creados según la diversidad de los lugares en donde han nacido, se puede conceder un puesto (por debajo de la ciencia, y en el orden de la novela) á las ideas puramente imaginarias que ciertos talentos inventivos han aplicado á la mutabilidad y á la variedad infinita de las formas exteriores de los seres.

A este título es como tienen las creaciones de la Fábula antigua derecho de figurar en la parte anecdótica de nuestra historia; y ante la idea descriptiva de las habitaciones desconocidas de las esferas celestes, puede la imaginación hallarse interesada en ver desfilar la serie innumerable de esos seres fantásticos: Ondinas, Sirenas, Centáuros, Lárnias, Elfos..., así como también podría ser curioso bajo cualquier título visitar con Alcasto ó Tancredo, los seres maravillosos de la selva encantada que el Tasso hace surgir en el canto XII^o de la *Gerusalemme liberata*.

Estos detalles podrán servir á los colonizadores de planetas.

Sin embargo, no podríamos conceder un lugar demasiado grande á estas creaciones de la fantasía, tanto más cuanto que con mucha frecuencia no son sino encarnaciones alegóricas engendradas por la sátira; y solamente queremos bosquejar lo que ha producido la idea según el genio de las edades, de los pueblos y de los hombres. Respecto á Rabelais particularmente, nos vemos además obligados á borrar en lo posible, sin perjudicar al color local, las representaciones algún tanto desnudas con que el siglo décimosexto se complacía sin el menor escrupulo en pintar las formas descubiertas.

Sabido es que, en su maravilloso viaje al través de los mares desconocidos, el valeroso gigante Pantagruel, acompañado de maese Panurgio y de fray Juan de los Etommeuros, aborda á islas extraordinariamente habitadas por seres cuya naturaleza parece más bien perte-

necer á otro Mundo que á este. Después de haber sufrido tempestades espantosas, descritas por el delicioso narrador con el tono de una divertida sencillez, se descubre una isla nueva, la isla de Ruach, que es la siguiente (1):

« Os juro por la estrella Poussiniera (las Pléyadas) que encontré el estado y la vida de aquel pueblo más extraños de lo que cuento. No viven sino de viento. No beben ni comen nada sino viento. En sus jardines no siembran más que las tres especies de anémona. La rúbia y otras yerbas carminativas las cultivan con cuidado. El bajo pueblo, para alimentarse usa abanicos de plumas, de papel, de tela, según su facultad y poder. Los ricos viven de molinos de viento. Cuando dan algún festín ó banquete, colocan las mesas debajo de uno ó dos molinos de viento. Allí se refrigeran, sentados como en las bodas. Y, durante sus banquetes, disputan sobre la bondad, excelencia, salubridad y raridad de los vientos, como vosotros bebedores en los banquetes filosóficos en materia de vinos. El uno alaba el siroco, el otro el lebeche, el otro el garbino, el otro la brisa, el otro el céfiro: así de los demás. El otro, el viento de la camisa, para los que galantean á las mujeres... » etc. Después vienen detalles sobre las funciones naturales de que están dispensados estos habitantes, y sobre aquellas de que están afectados por exceso... y también sobre el modo con que entregan el alma.

El viaje á la isla de los Papahigos y de los Papímanos es una burla punzante; el verificado á los Engastrimitas y á los Gastrólatras (2) es de otro género. Diremos una palabra de la isla de las Herramientas.

« Ya bien repleto el estómago, pusimos viento en

(1) Pantagruel, lib. IV, *Descente en l'île de Ruach* et autres.

(2) Rabelais denomina *Papahigos* á los incrédulos ó antipapistas que se burlan de la autoridad del Papa; *Papímanos* á los partidarios de todo lo que pertenece al gobierno papal; así como *Papímania* al celo excesivo por el Papa y su gobierno. — Gastrólatra, idólatra de su vientre, que hace de él su dios.

CARTELA ALFONSO X

popa, é izamos nuestro grande artimon; y sucedió que en ménos de dos dias llegamos á la isla de las Herramientas, que encontramos desierta, habitada únicamente por *Arboles*, que daban palas, azuelas, almocafres, hozes, guadañas, azadas, trullas, sierras, tijeras, tenazas, verbiqués, etc. Otros daban dagas, puñales, estoques, espadas, bracamartes, etc.

» El que queria coger uno no tenia mas que sacudir el árbol, y al momento caian como ciruelas; y ademas al caer en tierra encontraban una especie de yerba que se llamaba *vaina*, y en ella se envainaban. Ademas (á fin de que en adelante no abomineis la opinion de Platón, Anaxágoras y Demócrito: ¿fueron pequeños filósofos?) estos árboles nos parecian animales terrestres, la cabeza es el tronco; los cabellos, son las raíces; y los piés, son las ramas hácia arriba: como si un hombre pusiese la cabeza en el suelo y los piés hácia arriba y en forma de horquilla. »

... Mas léjos Pantagrúel descende á la isla de Odas « en la cual los caminos caminan. » (Pascal se servirá de la misma expresion para designar los canales.) No hay mas que colocarse sobre un camino que va á la direccion que se desea para hallarse trasportado allí. « Los caminos caminan como animales, dice, y los unos son errantes, á semejanza de los planetas, los otros caminos pasantes, caminos cruzantes, caminos atravesantes. »

En el país de Satin, en que los valerosos campeones encuentran á los hermanos Fredones, y extienden la famosa lista monosilábica de los amores de Fredondilla, son testigos de la existencia de todos estos seres fantásticos que los dibujantes de arabescos dibujan en sus chales. Para terminar daremos un párrafo curioso de esta sátira contra la impudencia de los viajeros.

« Allí vi Esfinges, Rafos, Oincos, Cefos, los cuales tienen los piés delanteros como manos, los traseros como los piés de un hombre; Crocutos, Eálos; los cuales son grandes como hippopótamos, con colas como elefantes, mandíbulas como jabalíes, y cuernos movibles como las orejas de un asno.

» Los Leucrocutos, bestias muy ligeras, grandes como burros de Mirebalais, tienen cuello, cola y pecho de un leon, piernas de ciervo, la boca hendida hasta las orejas, y no tienen mas dientes que uno arriba y otro abajo; hablan con voz humana. Vi allí Manticoros, animales muy extraños: tienen cuerpo de leon, tres carreras de dientes, entran los unos en los otros, como si entrelazáseis los dedos de las manos; en la cola tienen un aguijon, con el cual pican como hacen los escorpiones, y tienen la voz muy melodiosa. Vi Catoblepas (1), animales salvajes, pequeños de cuerpo; pero tienen las cabezas grandes sin proporcion, apénas las pueden levantar del suelo; tienen ojos tan venenosos, que el que los ve muere súbitamente, como el que viese á un basilisco. Vi allí animales de dos lomos, los cuales me parecian sumamente alegres, y abundantes en C... Pasando un poco mas adelante al país de la Tapicería, en el mar Mediterráneo, descubrimos á Triton tocando su grande caracola, á Glauco, á Proteo, á Nereo y á otros mil monstruos marinos. »

Hay aquí un preludio grosero al « Triunfo de Amfitrite » que debia ilustrar mas tarde el poema de Fenelón. Pero dejemos presto al autor de Gargantua en medio de sus islas maravillosas, para echar la postrer ojeada con *Marcelo Palingenius* sobre la época que acabamos de atravesar, y para cerrar por él la serie de los teóricos que no tuvieron otra guía ni otra brújula en sus viajes que la imaginacion á las fantasías caprichosas.

Como Ariosto, el poeta latino vivió en la córte de Hércules, duque de Ferrara. Hasta el siglo último, no fué conocido sino bajo su pseudónimo, con el cual le conocen todavía la mayoría de los eruditos; pero se sabe al presente su verdadero nombre de Manzoli. Pertenece, como la mayor parte de nuestros héroes, á

(1) CATOBLEPAS, del griego κάτω (*calo*), abajo, y βλέπω (*blepo*), yo miro. Animal fabuloso del Egipto que se decia daba la muerte á aquellos que veian su mirada.

(El Trad.)

CARTELA ALFONSO

esa clase de escritores que se llamarían « románticos » hoy, es decir, al partido del libre pensamiento y de la independencia. Sin embargo, aún no se ha levantado por encima de las preocupaciones astrológicas de su época, y aún no es discípulo del método experimental.

Su libro tiene por título *Zodiaco de la vida humana* (1). Marcelo Palingenius dió el título de *Zodiaco* á su obra, mas bien en razon de la division de su poema en doce libros, cada uno de los cuales lleva el nombre de un signo del Zodiaco (á ejemplo de las Musas de Herodoto), que en razon de la naturaleza de los asuntos tratados. Sin embargo, los Libros undécimo y duodécimo tratan, propiamente hablando, de la astronomía astrológica, según el sistema de Ptolomeo.

Véanse aquí algunas de las aserciones características del geomántico de Ferrara.

« El éter superior, constitutivo del Cielo, es mas duro que el diamante. Todos los globos giran con el Cielo, que es el primer móvil. Las formas son las que dan la existencia á las cosas. El éter está poblado de habitantes que viven sin ninguna necesidad de alimento. — Es digno de notarse que, como fisico, Palingenius afirma que la materia es eterna, y, como teólogo, niega que esto pueda ser.

En el libro XII se ve que « el éter no termina las cosas creadas; hay fuera del Cielo una luz inmensa que no es corporal. » Desvaríos de los antiguos filósofos sobre un triple cielo que decían ocupado por habitantes. Existe una luz incorpórea; es la forma que comunica el sér á todo, y por tanto no puede ser vista por ojos corporales. El éter y esta luz incorpórea están poblados de una multitud innumerable de séres superiores, cuya dignidad y vida pinta y describe...

« Mi Musa, dice al empezar el canto XI, mi Musa, va á describir los lugares mas elevados de la masa del Mundo, y los confines mas apartados que rodea el Cielo

(1) *Zodiacus vitæ, hoc est, de hominis vita, studio, ac moribus optime instituendis. Basilea, 1537.*

en sus espacios inmensos, que arrastra por un movimiento eterno y circular, por el cual encierra todos los séres dentro de sí mismo. Está dividido en cinco zonas habitadas cada una por pueblos en relacion con su temperatura; al ménos nada impide suponerlo. »

*« Quingue secant ipsum zonæ, sed quælibet harum
Est habitata suis, nihilo prohibente, colonis. »*

» Las divinidades no son sensibles, ni al frio mas riguroso ni al calor mas ardiente; semejantes incomodidades no están hechas sino para la Tierra. Este respetable éter nunca ha tenido hielos ni teme los incendios del fuego. Aunque rueda sin cesar, permanece siempre el mismo, sin abandonar jamas el lugar que ocupa; porque ha sido colocado por una razon enteramente divina entre dos polos fijos y estables que lo sujetan, el uno de los cuales lo tenemos siempre á la vista y arrastra consigo á las dos Osas léjos del Océano; el otro polo es la parte opuesta del globo de la Tierra, y aparece á los ojos de los antípodas, como una luz débil que semeja la noche. »

Aquí acaba el crepúsculo.